

# HERMENEUTICA «VERSUS» SEMIOTICA EN LA PRAGMATICA TRANSCENDENTAL DE LA ACCION DE KARL-OTTO APEL

CARLOS O. DE LANDAZURI

## I. INTRODUCCIÓN

La presente comunicación pretende describir las conclusiones más importantes a las que llegó Karl-Otto Apel en los penúltimos capítulos de su ya clásica obra, *Transformation der Philosophie —TPh—*<sup>1</sup>, cuando advirtió cómo a lo largo de su investigación había fomentado un *doble uso alternativo* de la semiótica, que cada vez estaba más abierto a un posible *diálogo* pluralista, pero que simultáneamente también incrementaba un criticismo inicial que cada vez debía ser más *antilogicista*. Hasta el punto que esta actitud inicial, le exigió concretar algún criterio orientador, que permita encauzar este ilimitado poder de «consensus» contractual, y esta subsiguiente capacidad de réplica anticonvencional, que progresivamente se fue otorgando, tanto a su interpretación *pragmática* de las revoluciones científicas, como a las inevitables *transformaciones semióticas* a las que está sujeta la propia filosofía transcendental<sup>2</sup>.

---

1. Apel, junto con Habermas, está vinculado ideológica y generacionalmente a la Escuela crítica de Frankfurt, siendo uno de los representantes más importantes de la hermenéutica actual del lenguaje, posterior a Heidegger y Gadamer. El contenido de este artículo está basado a su vez en su obra, *Transformation der Philosophie*, publicada en forma de artículos entre 1965-1975. Tomo I: «Análisis del lenguaje, semiótica, hermenéutica», 378 pp.; Tomo II: «El «a priori» de una comunidad de comunicación», 447 pp.; Suhrkamp, Frankfurt, 1976. Hay una traducción muy fragmentaria al inglés: *Towards a transformation of Philosophy*, Routledge and Kegan, Londres 1980, p. 308. Cfr. *La transformación de la filosofía*, Taurus, Madrid 1985, T. I y II, pp. 265 y 428.

2. El contenido de este artículo es continuación de otros tres. Cfr. C. O. DE LANDAZURI, «Construcción «versus» intuición en la nueva hermenéutica del lenguaje de Karl-Otto Apel» (I), *Anuario Filosófico*, vol. XV, 1982, 2, pp. 241-264; «Argumentación «versus» demostración en el «a priori» «comunidad-real-de-comunicación»

En efecto, al término de la *TPh* Apel tuvo que reconocer cómo esta actitud inicial fomentó una creciente metamorfosis lingüística, que era cada vez más *babélica* y *darwinista*, y que le exigió replantear de nuevo las relaciones internas y externas, que tanto la filosofía trascendental como la pragmatista, habían establecido entre la *teoría de la acción* y la *semiótica*. Porque una de dos: o bien se adopta una postura *pragmática* y, por criterios de conveniencia coyuntural, se afirma que las posibilidades de interacción social siempre estarán limitadas desde un principio por los criterios *semióticos*, que hacen posible la intersubjetividad de los signos y representaciones en un determinado contexto cultural<sup>3</sup>.

O, por el contrario, se adopta una postura *pragmático-transcendental* y, sin negar la validez del planteamiento anterior, se afirma que la *teoría de la acción* debe iniciar una nueva reflexión crítico-transcendental aún más radical, que la sitúe en un auténtico nivel de filosofía primera, y cuyo único objeto es dar razón del creciente poder de interacción social que, con independencia del contexto cultural, ahora se abroga de un modo individual y colectivo la razón práctica. Para después, a partir de aquí, proponer un nuevo *análisis crítico del lenguaje*, que tiene por objeto mostrar como la *teoría de la acción* debe utilizar sus propios criterios *hermenéuticos* de interpretación verbal, que deben ser cada vez más *imperativos* y *lúdicos*, sin que estén limitados por ningún criterio superior que proceda de fuera de la propia *teoría de la acción*, aunque los aporte la *semiótica*<sup>4</sup>.

---

de Karl-Otto Apel» (II). *Anuario Filosófico*, de próxima publicación, «Dialogica «versus» lógica en la transformación semiótica de la filosofía de Karl-Otto Apel» (III), *Anuario Filosófico*, de próxima publicación.

3. Cfr. K. O. APEL, *Der Denkweg von Charles S. Peirce*, Suhrkamp, Frankfurt 1962; y su traducción inglesa; *From Pragmatism to pragmaticism*, University of Massachusetts Press, Amherst, 1981. Para Apel esta estrategia también fue seguida por Merleau-Ponty y Paul Ricoeur y en general los neoestructuralistas, al tratar de fundamentar la distinción de Saussure entre lengua y habla (cfr. *TPh*, II/291 y ss.; II/241; I/53 pp.), pues en todos estos casos se siguió una estrategia similar a la de Humboldt, Weisgerber y Cassirer, y se desarrolló «un nuevo análisis *pragmático-universal* acerca de la competencia comunicativa en el hablar («Rede»), que a su vez estaba basado en un análisis de la relación sujeto/objeto al modo cómo lo propone la teoría trascendental del conocimiento kantiano» (cfr. *TPh*, 55/353); Cfr. también, J. M. GARCÍA PRADA, «De la hermenéutica semiológica a la semántica» (Un estudio sobre Paul Ricoeur), *Estudios Filosóficos*, vol. XXXIV, 1985, pp. 115-149.

4. Cfr. *TPh*, II/356. Apel también llama *semiótica trascendental* al sentido radical que ahora toma la hermenéutica, cuando relativiza los otros usos *categoriales* de la *semiótica*, cfr. J. CONIL SANCHEZ, «La semiótica trascendental como fi-

## II. LA CONTRAPOSICIÓN ENTRE HERMENÉUTICA Y SEMIÓTICA, COMO EL «A PRIORI» REFLEXIVO DE CUALQUIER ANÁLISIS PRAGMÁTICO-TRANSCENDENTAL DE LA ACCIÓN

Apel inicia así una *teoría general de la acción* que tiene por objeto justificar esta primacía *interactiva* que ahora se atribuye a la *hermenéutica* sobre los criterios convencionales de interpretación propios de la *semiótica*. Con este fin en los últimos capítulos de la *TPh* Apel acude una vez más a los nuevos teóricos del lenguaje y de la acción, y muestra cómo en todos estos casos se volvió a cuestionar desde un principio la relación transcendental que, tanto Heidegger como Wittgenstein, habían establecido a lo largo de los dos períodos de su pensamiento, entre los criterios de interpretación propuestos por la hermenéutica, la semiótica y la propia *teoría de la acción*<sup>5</sup>.

A este respecto, Apel opina que los filósofos posteriores a Heidegger y a Wittgenstein, criticaron la escisión solipsista que los existencialistas habían introducido entre el yo y los demás entes. A la vez que propusieron una previa reflexión crítica acerca de la relación *hermenéutica* mutua que siempre habrá que establecer entre el *ser* en general y el «Dasein», o *ser-abí* individual del existente concreto; o entre el *mundo-en-sí* libremente compartido en común y lo que ya está preconvenido de antemano *para-mi-perimundo* inmediato; o entre el sentido (y la esencia) y los propios hechos de la experiencia. Hasta el punto que ya no se tomó como punto de partida de la filosofía un análisis fenomenológico y existencial del *ser-abí* del hombre en el mundo, sino que previamente se trató de determinar la mutua interacción hermenéutica que siempre habrá que establecer entre los conceptos (o las palabras), las acciones y el propio mundo vital del que depende nuestra supervivencia. Para después, a partir de aquí y una vez fijadas estas relaciones mutuas, determinar a su vez cuáles son los criterios específicos de interpretación que les corresponden a la hermenéutica, a la semiótica y a la propia *teoría general de la acción*<sup>6</sup>.

---

losofía primera en K. O. Apel», *Estudios Filosóficos*, vol. XXXII, 1983, pp. 411-455.

5. Para comprobar las implicaciones teológicas de esta polémica, tanto en Bultman y Rahner, como en Ramsey, Weizsäcker y otros teóricos de la ciencia y de la acción aquí citados cfr. H. PEUKERT, *Wissenschaftstheorie, Handlungstheorie, Fundamentale Theologie*, Suhrkamp, Frankfurt 1978, pp. 274-289.

6. Cfr. *TPh*, I/87 y I/1/1: «La actualidad de las dos fases de la fenomenología en su intento de precomprensión filosófica del lenguaje y la poesía» (pp. 79-106).

A este respecto, los nuevos *teóricos de la acción* reconocieron desde un principio cómo ni el método fenomenológico de Husserl, ni el método logicista de Frege, conseguirían superar la escisión solipsista que los existencialistas habían establecido entre el yo y los demás entes. Se llegó así a la conclusión de que como en ninguno de estos dos métodos se tenía en cuenta la mediación «a priori» que siempre ejercerá el lenguaje en cualquier análisis fenomenológico o logicista de una acción intencional, que tenga pretensiones de validez intersubjetiva. Por esto en vez de volver a Husserl o a Frege, se tomó como punto de partida la *semiótica* de Peirce, y se reconoció desde un principio la inevitable mediación que en cualquier aplicación verdaderamente *dialógica* de aquellos dos métodos, siempre ejercerá a su vez la inicial interpretación metateórica de una *máxima pragmatista*, que permite dilucidar con la mayor alteridad posible el significado posterior de los signos y representaciones. De este modo se tomó como punto de partida de la filosofía la aceptación inicial de un *imperativo categórico*, que es similar al de Kant o Fichte, pero que según Apel, hizo posible que Peirce y Wittgenstein, anticiparan la posibilidad al menos teórica de un juego trascendental del lenguaje, que ahora se afirma como un principio incondicionado de transubjetividad hermenéutica, que siempre está sobreentendido en cualquier intercomunicación humana.

Los nuevos *teóricos de la acción* llegaron así a la conclusión de que la aceptación en común de esta *máxima*, exige iniciar un nuevo análisis *pragmático-transcendental de la acción* que es aún más radical que el iniciado por Fichte. Ya que ahora se completó su punto de partida inicial con un nuevo análisis *hermenéutico-transcendental* de la competencia intercomunicativa en el hablar, que desde un principio también advirtió las condiciones materiales e históricas en las que se lleva a cabo la interacción social, y cuyo único objeto fue determinar cuáles son los presupuestos teóricos y prácticos que siempre estarán sobreentendidos en la realización de cualquier acción humana que sea en sí misma intencional y tenga pretensiones de validez intersubjetiva<sup>7</sup>.

---

7. «Este planteamiento fue consecuencia de la tesis del segundo Wittgenstein de que *uno solo y de una sola vez no puede seguir una regla*... Ya que de este modo se vio cómo el solipsismo metodológico no tenía criterios para responder a la pregunta por la validez y el sentido de aquellos actos de habla, que a su vez dan un sentido a los conocimientos y a las acciones, que deben ser tenidos en cuenta por la conciencia» (TPh, II/247).

1. *El juego ideal del lenguaje, como un principio incondicionado de transubjetividad hermenéutica*

Apel trata de determinar así, inicialmente, cuáles son estos presupuestos previos de toda posible acción intencional. Con este fin, en un capítulo final de la *TPb*, titulado: «*La comunidad de comunicación como presupuesto trascendental de las ciencias sociales*», se acude a los nuevos teóricos del lenguaje y de la acción posteriores a Heidegger y al segundo Wittgenstein, como fueron Gadamer y Habermas, entre los hermenéuticos; y Albert, Stegmüller, Tugendhat o el propio Paul Lorenzen, entre los analíticos constructivistas alemanes. Pues se opina que en todos estos casos se invirtió la relación clásica que Aristóteles había establecido entre *teoría* y *praxis*, y en su lugar se apreció la peculiar mediación «a priori» que en cualquier construcción hermenéutica o analítica de un cálculo *semiótico*, siempre ejercerán a su vez sus posteriores aplicaciones prácticas<sup>8</sup>.

De este modo los nuevos teóricos del lenguaje iniciaron un análisis *semiótico* aún más radical acerca de la *acción*, que desde un principio tuvo en cuenta el peculiar *acondicionamiento*, o puesta en forma extrovertida, que tendrán que adoptar los contenidos de la conciencia a fin de establecer una relación intercomunicativa cada vez más abierta acerca del mundo empírico y social en el que vivimos. A la vez que también se pudo advertir cómo esta relación *constatativa*, aparentemente espontánea, siempre estará mediatizada de un modo «a priori» por el uso en común que en todo momento se tendrá que hacer en la *praxis* social de un juego *ya dado* del lenguaje, o de un criterio *coyuntural* para demarcar lo empírico<sup>9</sup>.

8. Cfr. *TPb*, II/264. Según Apel, fueron Gadamer y Habermas los que introdujeron esta nueva vertebración entre *teoría* y *praxis*, y de este modo «establecieron un círculo hermenéutico abierto entre las tentativas de un compromiso práctico-ético y, por otra parte, la reconstrucción hipotética del propio proceso histórico» (*TPb*, II/367). Cfr. M. ALVAREZ GÓMEZ, «Hermenéutica y racionalidad según las concepciones de Gadamer, Apel y Habermas», *Aporia*, vol. 4, 1982, pp. 5-33. A su vez Apel atribuye el origen de esta actitud a «la lógica alternativa de ciencia objetiva y elección subjetiva de valores, que se inició con la ética de situación de Sartre, así como con el decisionismo de C. Schmit y posteriormente Max Weber» (*TPb*, II/373). Cfr., también, R. BUBNER, *La filosofía alemana contemporánea*, Cátedra, Madrid 1984; D. INNENARITY, *Praxis e intersubjetividad. La teoría crítica de Jürgen Habermas*, Eunsá, Pamplona 1985.

9. En este sentido, Austin aportó la distinción entre *actos performativos* y *constatativos*, según su acondicionamiento lingüístico ya esté puesto en forma extrovertida, o simplemente hagan referencia a una representación subjetiva, sin indicar su expresión extrovertida. A su vez, según Apel, fue Habermas el que asumió pa-

En cualquier caso los nuevos analíticos y hermenéuticos del lenguaje compartieron con el segundo Wittgenstein la tesis central de las *Philosophical Investigations*, según la cual, si se desea justificar la intersubjetividad de las acciones humanas de un modo verdaderamente autocrítico, también se tendrá que generalizar aún más el rechazo de cualquier tipo de lenguaje privado, o de cualquier lenguaje *ideal* definitivo, que pretenda ser común a todas las ciencias, como él mismo había sugerido en su anterior *Tractatus Logico-Philosophicus*<sup>10</sup>. De igual modo que también aceptaron las conclusiones finales del último Heidegger, cuando a su modo también propuso un *lingüismo trascendental*, en el que se prescinde de cualquier referencia solipsista al propio «Dasein», y en su lugar se recurrió al *lenguaje*, como un nuevo ámbito universal que acoge en sí a los múltiples sentidos que en cada situación concreta puede alcanzar el *ser*<sup>11</sup>.

En definitiva, la nueva filosofía del lenguaje compartió las tesis principales comunes al segundo Wittgenstein y al último Heidegger, y en todo momento reconoció la posibilidad que siempre cabe de una pluralidad *autorreglamentada* de diversos juegos del lenguaje y de diferentes criterios para demarcar lo empírico que, como mostró Gadamer, resultan de la ininterrumpida fusión de sucesivos horizontes interpretativos, así como de la indiscriminada aplicación de diversos criterios de intercomunicación, que ya están *dados* de un modo *coyuntural* en la *praxis* social. Pues de este modo se pudo detectar la triple mediación «a priori» que en cualquier configuración actual de la historia efectiva todavía vigente, siempre ejercerá de un modo inevitable la *tradición*, ya sea como agente transmisor activo, o como virtual interlocutor pasivo, o como simple contenido transmitido por

---

ra la hermenéutica «la investigación que Searle inició sobre los *actos de habla* y de este modo puso de manifiesto cómo cada acto de habla no sólo presupone el *acondicionamiento* de un lenguaje ya construido, sino que además la propia idea de un acto de habla lleva consigo un *acondicionamiento*, o puesta en forma extrovertida («performative Ausdrücke»)» (TPh, II/301).

10. «En otras palabras Wittgenstein también abordó este problema central, y pretendió superar la «lógica de la ciencia» de los neopositivistas, sustituyendo la metafísica del «atomismo lógico» por un «principio de convencionalidad» propio de la semántica constructiva; pero lo abordó de un modo irreflexivo, sin cuestionar el problema del fundamento *pragmático-transcendental* de las reglas que establecen estas convenciones» (TPh, II/246). Para hacer una valoración de esta tesis de Apel, J. VICENTE ARREGUI, *Acción y sentido en Wittgenstein*, Pamplona, Eunsas, 1984, pp. 169-187.

11. Cfr. G. PRAUSS, *Erkennen und Handeln in Heideggers «Sein und Zeit»*. Albert, München 1977, p. 122; G. A. RAUCHE, *Theory and Practice in Philosophical Argument*, University of Durban Westville, 1985, 303 pp.

la propia tradición. A la vez que de este modo la tradición también condiciona, y a su vez hace posible, la peculiar apertura *preverbal* al mundo empírico en el que vivimos<sup>12</sup>.

Pero además de compartir esta tesis central, común al segundo Wittgenstein y al último Heidegger, los nuevos analíticos y hermenéuticos del lenguaje trataron de eludir las críticas que Popper dirigió en su *Miseria del historicismo*, tanto a la hermenéutica clásica de Schleiermacher y Dilthey, como a las explicaciones *legales* positivistas del historicismo neomarxista. Sobre todo después de que el postpopperiano Albert mostró cómo estas mismas críticas también se pueden aplicar al *relativismo hermenéutico* que se había introducido en la interpretación behaviorista que Gadamer propuso del hallazgo intersubjetivo de la verdad histórica humana. Pues Gadamer intentó evitar por todos los medios posibles la circularidad hermenéutica que el mismo había detectado en los análisis de la experiencia científica de los *operacionistas*, y trató de no reducir la aplicación de la *máxima pragmatista* a una simple proyección circular de conceptos previos. Pero no acertó a encontrar, al menos según Albert, una alternativa verdaderamente válida que le permitiera superar aquella circularidad inicial en sí misma inevitable, y de hecho redujo el progreso hacia la verdad a una simple aplicación indiscriminada de diferentes horizontes interpretativos todos igualmente válidos<sup>13</sup>.

En cualquier caso, con posterioridad a estas críticas, la nueva filosofía del lenguaje tuvo que iniciar un previo análisis teórico y práctico de la *acción*, en el que se trató de eludir por todos los medios posibles el así llamado *Trilema de Münchhausen*, enunciado inicialmente por el neokantiano Fries y reformulado de nuevo por el postpopperiano Albert<sup>14</sup>. De modo que ahora, según este Trilema, cualquier análisis crítico de la acción que tenga pretensiones de validez intersubjetiva, siempre tendrá que optar por una de estas tres

12. Cfr. *TPh*, I/II/1: «Wittgenstein y Heidegger: la pregunta por el sentido del ser y la sospecha de falta de sentido contra toda metafísica» (*TPh*, I/225-275). Traducción en *Dianoia*, F.C.E., México 1967, pp. 111-148. Cfr. parte III de este artículo.

13. Cfr. *TPh*, II/267 pp.; H. ALBERT, *Plädoyer für kritischen Rationalismus*, München 1971; J. HABERMAS, «A Review of Gadamer's 'Truth and Method'», *Understanding and Social Inquiry*, Dallmayr-MacCarthy (ed.), University of Notre Dame Press 1977, pp. 270 y ss.

14. H. ALBERT, *Transzendente Träumerien*. «Karl-Otto Apel Sprachspiels und seien hermeneutischer Gott», Hamburg 1975; *Tratado sobre la razón crítica*, Buenos Aires 1968; ADORNO (ed.), *La disputa sobre el positivismo en la sociología alemana contemporánea*, Grijalbo, Barcelona 1972.

posibilidades igualmente inviables: 1) o bien se fundamenta en un análisis *circular* de los resultados «objetivos» de la ciencia, o de unas estructuras del lenguaje que ya están *dadas* en la praxis social, y que a su vez remiten a unos primeros principios que la propia ciencia no demuestra, pero que en cualquier caso introducen un *regreso al infinito* en sí mismo inevitable; 2) o bien se justifican en virtud de un uso *dogmático* de la razón teórica, que toma como punto de partida de la ciencia las conclusiones infalsables de la ontología, la gnoseología, de la lógica, o de la propia *hermenéutica*, para de este modo seguir haciendo *teología* por otros medios distintos, como según Albert ocurrió en los análisis del lenguaje y de la *acción* de Habermas y Apel especialmente<sup>15</sup>; o, por último, y esta será la postura definitiva adoptada por Albert, 3) se recurre a un *decisionismo hipotético* inicial, que debe ser en sí mismo falseable, pero que según Apel, se basa a su vez en evidencias que no han sido demostradas y que hacen abstracción de las condiciones *pragmáticas* en las que se realiza la acción<sup>16</sup>.

A este respecto Apel hace notar cómo, en su opinión, el mejor modo de evitar este *Trilema* es iniciar un nuevo análisis *pragmático-transcendental* acerca de la *acción*, que está aún más radicalizado dialécticamente y que adopta un punto de partida que engloba y asume en sí los tres puntos de vista anteriores y sus respectivos intereses. Con este fin se vuelve una vez más a la teoría de los juegos del lenguaje del segundo Wittgenstein ya que, en su opinión, este fue el primer autor contemporáneo que supo apreciar la subsiguiente mediación «a priori» que en cualquier uso *categorial* de un determinado juego del lenguaje, siempre ejercerá a su vez la participación *trans-*

15. Para ver el tipo de fundamentación que puede alcanzar la hermenéutica teológica y no teológica, cfr. P. HOFFMANN, «Theologie von dem Anspruch kritischer Rationalismus Hans Alberts», *Theologie und Philosophie*, 58/3/1983, pp. 414-426. Cfr. también, J. M. CASCIARO, *Exegesis bíblica, hermenéutica y teología*, Eunsa, Pamplona 1983, p. 312.

16. Si el problema del fundamento último («Letztbegründung») se analiza simplemente como un conjunto de proposiciones lógicas (sintácticas y semánticas) y se hace abstracción de la dimensión pragmática de la argumentación, al modo como se diferencia en la lógica de Aristóteles entre la «dialéctica» y la «apodíptica», entonces cualquier recurso a la evidencia, como un recurso arbitrario de argumentación —o como una huida al dogma—, resulta igualmente trivial... Se llega así a la conclusión de que para una teoría de la prueba basada en dos posibilidades («Horn»), en el sentido como Popper y Albert interpretan el Trilema de Fries, el último fundamento válido es siempre un regreso al infinito (TPb, II/406-407). Cfr. TPb, II/220. Cfr. H. ALBERT, «Scienza e ragione critica», *Revista de Filosofía*, Einaudi, 1981, n.º 20, pp. 188 y ss. en donde se defiende de esta crítica.



*cidental* en un juego *ideal* del lenguaje, que les comunica a todos un mismo «aire de familia», pero que no es realizado plenamente por ninguno de ellos<sup>17</sup>. Pues de este modo Wittgenstein localizó la posibilidad simplemente teórica de un juego peculiar del lenguaje, que garantiza la intercomunicación entre los demás juegos del lenguaje, y en el que se tendría que alcanzar, para ser tal, un «consensus omnium» en sí mismo definitivo<sup>18</sup>.

Apel advierte así la participación transcendental en este juego *ideal* y la subsiguiente anticipación simplemente teórica de un «consensus omnium» en sí mismo definitivo. A la vez que reconoce como esta participación no tiene por qué ser *dogmática*, ya que no se tiene que fundamentar en un uso *categorial* de un determinado juego del lenguaje, sino que por el contrario se fundamenta en todos ellos por igual. De la misma manera que tampoco introduce un *círculo vicioso*, o un *regreso al infinito*, ni deja de tener en cuenta las condiciones pragmáticas en las que se realiza la acción, sino que más bien las tiene en cuenta y de este modo las elude y las transforma en un círculo virtuoso<sup>19</sup>.

17. «Para traducir a nuestros términos la noción de juego del lenguaje, creo que es necesario pensar con Wittgenstein, contra Wittgenstein y más allá de Wittgenstein... En pocas palabras, el filósofo supone siempre que en principio es capaz de participar («teilnehmer») en todos los juegos posibles de lenguaje, o de entrar en comunicación con las comunidades del lenguaje correspondientes... En realidad este elemento común a todos los juegos del lenguaje se apoya, en mi opinión, en el hecho de que cuando se aprehende *un* lenguaje, y tiene lugar así una socialización con éxito a través de *una* forma de vida, se aprehende algo así como *el* juego del lenguaje, o *la* forma de vida; esto es la *competencia* para reflexionar sobre el propio lenguaje o la forma de vida de uno y para comunicarse con el resto de los juegos del lenguaje» (TPb, II/346-347).

18. «Sólo el *juego ideal del lenguaje* (en el sentido normativo) de una *comunidad ideal de comunicación* puede considerarse como un ejemplo control postulado por el cumplimiento de las reglas humanas en general. Este ideal del lenguaje se anticipa verdaderamente como una posibilidad *real* del juego del lenguaje por el que uno se coaliga («anknüpft») junto con otros; esto es, se propone como una *condición de posibilidad y validez* de la acción, como acción significativa, por todo aquel que siga una regla» (TPb, II/348).

19. «En todos estos casos se superó este círculo vicioso de la misma manera; se criticó la interpretación behaviorista de la «máxima pragmática» propuesta por Bridgman (Oppenheim, Hempel y, posteriormente Quine), por reducirla a una simple aplicación circular de conceptos previos. Y en su lugar se interpretó como un principio metateórico, que siempre debe estar sobreentendido tras la aplicación de cualquier experimento mental («Gedankenexperimenten»), que sea compatible con ella; y que, además, ahora permite transformar aquel círculo vicioso en virtuoso» (TPb, II/197). Para después, a partir de aquí, afirmar la unidad final de la razón teórica y práctica, ya se interprete a un nivel *lingüístico-hermenéutico*, como en Gadamer; *pragmático-universal*, como en Habermas; o a un nivel *hermenéutico-transcendental* aún más radical, como en Apel (cfr. TPb, II/357).

Apel llega así a la conclusión de que este juego *ideal* se debe afirmar como un supuesto previo que siempre estará sobreentendido de un modo teórico en la realización de cualquier *acción* humana, que tenga pretensiones de validez intersubjetiva y se fundamente a su vez en un «consensus» al menos parcial. Porque en el peor de los casos este juego *ideal* siempre vendrá exigido por las pretensiones que tienen las *acciones* humanas de alcanzar una validez experimental y una competencia intercomunicativa en el hablar. De modo que ahora, y como ocurrió en la tradición pragmatista, este *ideal* se tendrá que afirmar en nombre de un *imperativo categórico*, similar a los formulados por Kant en su ética formal autónoma del deber por el deber<sup>20</sup>.

2. *El uso categorial del lenguaje, como una limitación objetiva de la competencia intercomunicativa de cualquier acción empírica*

Apel justificó así la participación *trascendental* en un juego *ideal* del lenguaje y la subsiguiente anticipación simplemente teórica de un «consensus omnium» en sí mismo definitivo. Pero a su vez posteriormente, en los dos antepenúltimos capítulos de la *TPh*, titulados: «*El lenguaje como tema y medio de reflexión trascendental*», y «*El concepto hermenéutico-trascendental del lenguaje*», también inició un ulterior análisis crítico de las peculiares condiciones materiales e históricas en las que tiene lugar la interacción social. Pues, en su opinión, este análisis siempre tendrá que estar sobreentendido en cualquier referencia empírica a una acción humana que, por una parte, tenga pretensiones de validez experimental y de competencia intercomunicativa en el hablar; pero, por otra parte, también asuma su modo de ser empírico y se haga cargo de las limitaciones, tanto *internas* como *externas*, que siempre lleva consigo aquella pretensión inicial en sí misma legítima<sup>21</sup>.

Con este fin Apel completó su anterior análisis *pragmático-trascendental de la acción*, con un nuevo análisis *crítico-categorial* de la

20. Cfr. *TPh*, II/177. Para ver la transformación semiótica que experimentó la «lógica trascendental» kantiana, hasta dar lugar a una «indefinida comunidad de investigadores», fundada a su vez en el imperativo categórico kantiano, tanto en Peirce, como en Royce o Mead, cfr. *TPh*, II/224. Cfr. Parte III de este artículo. Para ver cómo esta exigencia coincide con el concepto de plenitud («Vollkommenheit») de H. G. Gadamer, cfr. *TPh*, II/260.

21. Cfr. *TPh*, II/311-358. Cfr. nota 31 y 37.

competencia intercomunicativa en el hablar, cuyo *único* objeto fue analizar los cuatro grandes problemas que, como ya mostró Popper, condicionan y a su vez hacen posible, la intercomunicación humana y la propia relación *verbal* que se establece con el mundo empírico y social en el que vivimos<sup>22</sup>; a saber: el problema del objeto, del método, del código y, finalmente, del horizonte reinterpreta-dor y del trasfondo rectificador de cualquier *acción* empírica que, por ser en sí misma intencional y cada vez más compartida en común, siempre podrá tener mayores pretensiones de validez experimental y de competencia intercomunicativa en el hablar<sup>23</sup>.

A este respecto Apel opina que cualquier análisis *crítico-categorial* de la competencia intercomunicativa en el hablar, siempre tendrá que tener en cuenta su referencia pragmática a un tipo de acciones que, aunque tienen pretensiones de validez intersubjetiva, sin embargo son en sí mismas empíricas. Hasta el punto que siempre se tendrá que reconocer cómo la coaligación particular que se puede alcanzar mediante la participación en común en un determinado juego del lenguaje, en ningún caso se puede identificar con aquella participación *transcendental* que anteriormente se ha postulado en un mismo juego *ideal* del lenguaje común a todos ellos. Pues, en su opinión, esta participación *transcendental*, o bien se legitima por sí sola, o por el contrario no se legitima de ninguna manera<sup>24</sup>.

De este modo Apel advierte cómo todo posible análisis *crítico-categorial* acerca del lenguaje, se debe completar con un nuevo aná-

---

22. Según Apel, para que se pueda actuar con competencia lingüística es necesario verbalizar («Verbalisierung») nuestras posibles acciones y representaciones en un mismo código lingüístico, aunque ninguno de ellos tiene la exclusiva competencia pragmática, como ya Habermas le criticó acertadamente a Searle (cfr. *TPh*, II/301-303).

23. A su vez Popper introdujo un concepto dialéctico de experiencia, similar en su opinión al de Hegel (cfr. *TPh*, II/227), ya que el principio de falsación metodológica introdujo un proceso ilimitado de sucesivas reinterpretaciones y de ininterrumpidas autorrectificaciones, que se basaban a su vez en el ideal regulativo kantiano que afirma la unidad final del mundo interpretado (cfr. *TPh*, II/161); y que, además, también exige admitir la posibilidad de nuevos horizontes interpretativos con otras formas diversas de encodificar y decodificar la experiencia (cfr. *TPh*, II/242).

24. «Se produce así una extraña paradoja: ... los juegos del lenguaje siempre están dados, pero el juego transcendental del lenguaje nunca puede estar dado en los juegos cuasi-empíricos del lenguaje, que ya están dados en el «a priori» de una comunidad de comunicación» (*TPh*, II/255). Se denomina *falacia idealista* a esta posible confusión entre el *deber* y el *ser*, en contraposición a la *falacia naturalista* de Hume en la que se confunde el *ser* con el *deber*. (Cfr. *TPh*, II/417 y 260).

lisis *hermenéutico-transcendental* aún más radical, que trate de ser consecuente con los *ideales regulativos* que anteriormente se han afirmado de un modo incondicionado, y cuyo único objeto es determinar la peculiar competencia intercomunicativa en el hablar, que pueden llegar a alcanzar cada uno de los usos posibles del lenguaje. Con este fin se acude a la *teoría de la acción* de Fichte y a su *reconstrucción transcendental del hecho metafísico de la razón*, pues se piensa que este fue el primer autor postmoderno, junto con Peirce, que afirmó un principio incondicionado de *transubjetividad* hermenéutica y lo justificó en virtud del *acto de fe* en sí misma y en sus primeros principios que, según estos autores, siempre debe hacer la razón<sup>25</sup>.

De este modo Apel localizó un punto de partida absoluto, sin comienzos iniciales previos, que ahora se propone simultáneamente a la vez como un *ideal regulativo* de la razón y del intelecto teórico, y también como un *postulado moral* de la razón y del intelecto prácticos. Pues como ocurrió en Fichte y en Peirce, ahora este principio incondicionado de *transubjetividad* se impone en nombre de un *imperativo categórico* meramente ético. A la vez que en su opinión ejerce una función similar a la que cumplió en Kant el punto más alto de la síntesis transcendental de la *apercepción*<sup>26</sup>.

Pero a la vez que propuso este nuevo análisis *hermenéutico-transcendental* acerca del lenguaje, Apel radicalizó aún más el criticismo antifenomenista y antiaxiomático que siempre acompañó a las teorías de la acción de Peirce y Fichte. Pues, en su opinión, la aceptación de un principio incondicionado de *transubjetividad* hermenéutica, en ningún caso debe ser un motivo para que a partir de aquella *teoría de la acción*, se imponga un uso coyuntural de un determinado juego del lenguaje, ya sea natural o convencional. Por el contrario, ahora

25. Cfr. *TPb*, II/419-421. Para ver la transformación de los conceptos de razón («Vernunft») y entendimiento («Verstand») en estos autores, cfr. F. KAULBACH, *Das Prinzip Handlung in der Philosophie Kants*, Berlin 1978; J. CRUZ CRUZ, «Intellekt, Verstand, Vernunft. Dialektische Wandlung des Denkens», *SJPH*, XXV, 1980, pp. 23-43; N. RESCHER, *Methodological Pragmatism*, Blackwell, Oxford 1983, p. 282.

26. Cfr. *TPb*, II/161, 173, 222, 224. A este respecto, tanto la *Lógica de la investigación científica* de Popper, como el *principio de transubjetividad* de Paul Lorenzen, también se fundamentan en un imperativo categórico similar al kantiano (cfr. *TPb*, II/428), para de este modo conseguir que nuestras aspiraciones de argumentación dialógica tengan un fundamento moral mínimo (cfr. *TPb*, II/425), aunque de todos modos, según Apel, nunca se podrán formalizar de un modo definitivo (cfr. *TPb*, II/427 y nota 30).

se contraponen mutuamente entre sí la *teoría general de la acción* y el propio análisis *crítico-categorial* de un determinado juego del lenguaje. Hasta el punto que la *teoría de la acción* introduce unos *ideales regulativos* tan elevados, que desde un principio exige reconocer los límites fundamentalmente *internos* que siempre acompañarán a cualquier *formalización semiótica* de todo posible lenguaje. De igual modo que el análisis *crítico-categorial* del lenguaje fomenta una actitud tan extrovertida y dependiente del contexto social, que desde un principio detecta los límites *externos* que impiden alcanzar las cotas de interacción social que ahora se ha marcado la *teoría general de la acción* <sup>27</sup>.

A este respecto Apel advierte cómo cualquier análisis *hermenéutico-transcendental* del lenguaje que adopte una actitud verdaderamente *dialogica*, o abierta a los demás interlocutores sociales, nunca deberá instrumentalizar el *acto de fe* que la razón formula en sí misma, ni lo debe utilizar para justificar la imposición *ideológica* de un determinado uso de la razón y de sus primeros principios. Por el contrario este análisis siempre tendrá que reconocer las limitaciones tanto internas como externas, que siempre acompañarán al ejercicio teórico y práctico de la razón y del entendimiento, y tratará de eludir la imposición de decisiones unilaterales y de relaciones de dominación, que no son coherentes con sus propios *ideales regulativos* y *postulados morales*. De igual modo que también tendrá que reconocer la mediación retroactiva que en su propio desenvolvimiento interno y externo, siempre ejercerán aquellos juegos del lenguaje y aquellos criterios para demarcar lo empírico, que siempre estarán *dados* de un modo *coyuntural* en la propia *praxis* social, y que también impiden la realización definitiva de aquellos *ideales regulativos* y de aquellos *postulados morales* <sup>28</sup>.

27. Se describe así esta mediación dialéctica que ahora se establece entre materialismo e idealismo: «por una parte, en cada argumento, en cada palabra, en la realización de cada acción que quiera ser comprendida, se debe postular el presupuesto normativo e ideal de un juego transcendental del lenguaje, que sólo se alcanza en una ilimitada comunidad de comunicación; pero que, por otra parte, siempre ha de ser realizado en una sociedad histórica que ya está dada de antemano. Este antagonismo entre el momento normativo-ideal y el momento material-fáctico es nuestro presupuesto transcendental para que se pueda dar una comunidad de comunicación... en la realidad histórica» (TPh, II/225).

28. Cfr. TPh, II/415-430. Para ver una crítica al recurso que los postpopperianos hacen a este acto de fe como fundamento de su racionalismo-crítico, cfr. A. CORTINA ORTOS, «¿Es posible una fundamentación filosófica de los juicios morales?», *Pensamiento*, 40, 1980, pp. 157-177.

En este sentido Apel inició un nuevo *análisis semiótico del lenguaje* que, como también ocurrió en Fichte y sobre todo en Peirce, tuvo por objeto dar razón de los distintos tipos de *hábitos* intelectuales que es necesario dominar con destreza, a fin de aplicar aquellos criterios *dialogicos* de *argumentación* en cada uno de los diferentes contextos pragmáticos en los que se realiza la acción; y poder así *reinterpretar*, o simplemente *rectificar*, o en cualquier caso *corregir* de un modo *contrafáctico*, los errores o las posibles excepciones, que siempre se introducen, tanto en aquello *que* concemos, como en el modo *como* lo conocemos<sup>29</sup>. Aunque ahora, a diferencia de lo que ocurrió en Peirce y Fichte, se radicaliza aún más este criticismo inicial que también estuvo presente, de un modo antifenomenista y antiaxiomático, en el *constructivismo decisionista y dialógico* común a la tradición pragmatista y postfichteana. Pues, al menos en el caso de Mead y Popper entre los neopragmatistas, y de Hugo Dingler y Paul Lorenzen entre los postfichteanos, siempre se reconoció cómo este *acto de fe* en la propia razón debería incluir a su vez una aceptación en común de sus primeros principios, siendo éste un supuesto que inexorablemente está sobreentendido tras la propia noción de «justificación» de una argumentación, sea o no dialógica. Por el contrario, para Apel, este *acto de fe* en la propia razón, sólo se refiere a la posibilidad simplemente teórica de alcanzar aquel *ideal* que se autodescribe como inalcanzable, y que a su vez exige relativizar cualquier *formalismo semiótico* que se intenta justificar en virtud de aquel *acto de fe*<sup>30</sup>.

Apel inició así un nuevo análisis *hermenéutico-transcendental* acerca de la competencia intercomunicativa en el hablar de todo posible lenguaje, que fue muy peculiar. Pues desde un principio se tuvo que reconocer la inevitable mediación «a priori» que en cualquier uso pragmático del lenguaje, siempre ejercerá a su vez la inicial *elección* y el posterior *seguimiento*, de un determinado sistema de encodifi-

29. «Con ayuda de experimentos mentales conformes a la «máxima pragmatista»... en su última época Peirce alcanzó una hermenéutica metacientífica que tomó como punto de partida un conjunto de casos límites, a los que analizó con un tipo especial de proposiciones «si entonces» («Wenn-dann-Sätze»), expresadas en la forma de *condicionales contrafactuales* («Contrary-to-fact-conditionals»); y de este modo pudo diferenciar el método de clarificación del sentido mediante un proceso de mejoramiento u optimización («Zukunftsverweis», «Mellonization»), respecto a la teoría empirista de la reducción (TPb, II/197, y cfr. pp. 193 y 292).

30. «Según Lorenzen el término «justificación» sólo se puede admitir (al igual que en Popper), una vez aceptados tales primeros principios» (TPb, II/240). Cfr. P. LORENZEN, *Normative Logic and Ethics*, 1968. Para ver la postura de Hugo Dingler y otros postfichteanos, cfr. K. HOLZKAMP, *Wissenschaft als Handlung*, Gruyter, Berlin 1968.

cación y decodificación de los signos y representaciones que, por distintos motivos, siempre estará *dado* de un modo *coyuntural* en la *praxis* social. Pues una de dos: o bien se hace una referencia implícita a unas *leyes* naturales de *seguimiento* externo inexorable, pero que se justifican internamente en virtud de una *elección contextual*, que es meramente hipotética y en sí misma falseable. O bien se hace un uso explícito de un conjunto de *preceptos* y normas de interpretación, que son de obligada *elección* interna una vez admitidos unos primeros principios, pero que en cualquier caso son de *libre* ejecución por parte de los distintos agentes sociales, de modo que siempre se podrán dejar de *seguir* o de respetar «ad casum», y sólo alcanzarán una aplicación externa casuística y en sí misma *lúdica*. Para llegar así a la conclusión de como en ambos casos y por motivos distintos, sólo se logrará un «consensus» que de antemano se autorreconoce como parcial y como inadecuado respecto a aquellos *ideales* en sí mismos inalcanzables<sup>31</sup>.

Apel completó así su anterior *pragmática transcendental de la acción* con una nueva *hermenéutica transcendental del lenguaje*, que fue específicamente distinta a las propuestas por Gadamer y los neopragmáticos postfichteanos en sus respectivos análisis *semióticos* del lenguaje y de la acción. De igual modo que también fue más radical que la iniciada a su vez por Habermas en su posterior *pragmática universal de la acción* y del lenguaje. Pues en todos estos casos se pensó que la existencia de acciones intencionales con pretensiones de alcanzar una auténtica autoemancipación universal, tanto para el hombre como para la sociedad o la naturaleza, exigen reconocer la mediación «a priori» que en todas esas acciones tiene que ejercer un *lenguaje natural* que, por ser tal, debe ser plenamente intersubjetivo

31. Cfr. *TPh*, II/281. A este respecto Apel sigue la teoría neopragmatista de la acción social en P. Winch y distingue «entre las relaciones *internas* que se establecen entre las acciones y los conceptos (o las palabras), y que se fundamentan a su vez en el ideal de un juego transcendental del lenguaje; y, por otra parte, las relaciones *externas* que esas mismas nociones establecen con el mundo empírico y social; las primeras sólo se pueden conseguir mediante la elección («Wahl») de un juego *ya dado* del lenguaje y de unas reglas de intercomunicación que se pueden dejar de seguir («Befolgung») y de respetar; las segundas exigen un control mediante hipótesis legales que no se pueden dejar de seguir, pero que son en sí mismas falsables. En cualquier caso ambos tipos de relaciones configuran un juego *ya dado* de lenguaje que, por diversos motivos, se debe tomar como una suma de «ficciones institucionales». (*TPh*, II/260-261 y 430). Cfr. las réplicas mutuas en nota 45 y 53.

de un modo «innato», y común a todos los participantes en un mismo diálogo racional.

A este respecto Habermas opina que este *lenguaje natural* se debe tomar como una excepción al criticismo *transcendental* que de un modo tan radicalizado Apel ha formulado contra cualquier uso en común de todo posible lenguaje, sin que quepa excepción alguna. Por el contrario, según Habermas, la mera posibilidad lógica de una auto-emancipación humana verdaderamente universal exige postular la existencia actual o futura de un *metalenguaje ideal*, que garantice la posibilidad efectiva de alcanzar aquella meta final que cada vez se autoreconoce más utópica, pero que sin embargo siempre debe estar sobreentendida tras la realización de cualquier acción intencional, o tras el uso en común de todo posible lenguaje, ya sea científico o cotidiano<sup>32</sup>.

En cualquier caso, y con independencia de otras diferencias internas, la postura *hermenéutica* de Apel y Habermas se tuvo que distanciar respecto a la postura *analítica* de Stegmüller y Ernst Tugendhat, cuando reconocieron cómo cualquier *teoría de la acción* que tenga pretensiones de validez intersubjetiva, siempre debe ir precedida de un previo análisis *semiótico* del lenguaje, que limite aquellas pretensiones en sí mismas legítimas. De este modo Stegmüller inició una *semántica constructiva de la lógica*, similar a la iniciada por Tarski y Carnap, y según la cual, para que las acciones humanas tengan pretensiones de validez experimental y de competencia intercomunicativa en el hablar, es necesario el uso en común de una *sintaxis* y de una *semántica lógica* que, como mostró T. S. Kuhn, se va decantando a lo largo de la historia, pero que en su opinión, constituye el *núcleo estable* que permanece inalterable a pesar de las siempre posibles revoluciones científicas<sup>33</sup>.

32. Según Apel, Habermas habría criticado correctamente a Searle su pretensión de justificar un único y el mismo código lingüístico común a todos los hablantes (cfr. nota 22), pero hizo una propuesta que no supera el innatismo lingüístico de Chomsky (cfr. *TPb*, II/306 y parte II de este artículo). Ya que ahora aquella pretensión tan criticada por él mismo, adopta la forma de un metalenguaje común y el mismo para todos, sin alcanzar a comprender las virtualidades heurísticas de la comunidad ideal de comunicación. (Cfr. *TPb*, II/129-154). Cfr. J. HABERMAS, «Was heisst Universalpragmatik?», K. O. APEL (ed.), *Sprachpragmatik und Philosophie*, Frankfurt, Suhrkamp 1976; *Theorie des kommunikativen Handelns*, vol. I y II, Suhrkamp, Frankfurt, 1981; cfr. A. CORTINA ORTS, «La hermenéutica crítica en Apel y Habermas», *Estudios Filosóficos*, XXXIV, 1985, pp. 83-115.

33. W. STEGMÜLLER, *Das Wahrheitsproblem und die Idee der Semantik*. «Eine Einführung in die Theorien von A. Tarski und R. Carnap», Wien, Springer, 1957.



De igual modo que también Tugendhat elaboró una nueva *semántica trascendental* de todo posible lenguaje, según la cual, para que la interacción social se pueda dar con unas mínimas garantías de fiabilidad, también es necesario el uso en común de las formas de *predicación* de los tres únicos sentidos, que según los analíticos se puede otorgar al *ser*. Pues, en su opinión, ambas formas de relación verbal determinan a su vez la estructura sujeto/predicado que siempre está sobreentendida en el pensamiento humano, así como la interacción *nominalista* que el hombre establece con el mundo empírico y social del que depende su supervivencia. Hasta el punto que en todos estos casos y por motivos distintos, se fomenta una actitud *prosemiótica*, que es común a Stegmüller y Tugendhat, así como a la tradición neopragmatista y postfichteana, pues se reconoce que la *semiótica* tiene sus principios incondicionados de interacción social, ya se fundamenten en sí mismos, o se remitan a una previa *teoría general de la acción*<sup>34</sup>.

Por el contrario Apel rechazó todas estas posturas *prosemióticas*, y en su lugar radicalizó aún más el criticismo antifenomenista y anti-axiomático que siempre estuvo presente, tanto entre los *analíticos*, como en el *racionalismo-crítico* de Popper y los neopragmatistas; o en el *constructivismo dialógico* de Paul Lorenzen y los postfichteanos; o en la propia *crítica a las ideologías* de Habermas. Para de este modo volver una vez más a la tradición *dialéctica* común a Hegel y Marx, y que posteriormente también fue seguida por Gadamer y Habermas. Pues aunque Apel opina que ninguno de ellos fue totalmente consecuente con el punto de partida de sus respectivas *teorías de la acción*, sin embargo piensa que sólo en esta tradición se formularon en toda su radicalidad interna los *ideales regulativos* y los *postulados morales* que estaban implícitos en los proyectos autoemancipadores de la ilustración postmoderna. A la vez que también se rechazó sistemáticamente cualquier aplicación del *principio de elección*, o de la *máxima pragmatista*, que no haya sido plenamente «consensuada» en

Compárese con su obra posterior, *The Structure and Dynamics of Theories*, Springer, New York 1976, en donde asume algunas de las tesis de T. S. Kuhn. Cfr. nota 45.

34. E. TUGENDHAT, *Vorlesungen zur Einführung in die Sprachanalytischen Philosophie*, Suhrkamp, Frankfurt 1979, p. 356. Llano por su parte ha contrapuesto las tesis de Tugendhat y Apel, y ha matizado como Aristóteles no confunde los tres sentidos originarios que los analíticos atribuyen al verbo *ser*, ni los reduce a tres formas inevitables de predicción, como ocurre en la semiótica nominalista de Tugendhat, cfr. A. LLANO, *Metafísica y lenguaje*, Eunsá, Pamplona 1984, pp. 58-59 y 150-170; notas 52 y 54.

común, y que a su vez no tolere la crítica, tanto interna como externa, que siempre le puede venir formulada desde el propio contexto social, o desde los *ideales regulativos* y desde los *postulados morales*, que inexorablemente deben estar sobreentendidos tras el desenvolvimiento crítico de la interacción social <sup>35</sup>.

A este respecto Apel opina que los *dialécticos* aceptaron un punto de partida similar al de Peirce y Fichte, pero debieron acabar siguiendo la estrategia iniciada por Bloch y Adorno. Efectivamente en estos dos autores se elaboró una *teoría general de la acción* que, en un primer momento, les permitió postular unos *ideales regulativos* y unos *postulados morales*, que se autorreconocen utópicos. Pero a su vez les permitió iniciar una *crítica a las ideologías* y al propio lenguaje, que cada vez estaba más radicalizada dialécticamente; y que, además, les permitió introducir una sistemática contraposición entre lo *ideal* y lo *real*, o simplemente lo *ya construido*; similar a la escisión kantiana entre el «*principium executionis*», o de *ejecución* incondicionada por puro sentido del deber, o ahora del «*consensus*»; y, por otra parte, el «*principium dijudicationis*», o de *elección* coyuntural de la norma concreta que se va a seguir en un determinado contexto social, ya que en el mejor de los casos sólo se podrá fundamentar en un «*consensus*» que de antemano se autorreconoce parcial <sup>36</sup>.

De este modo los seguidores de la Escuela Crítica de Frankfurt iniciaron una *crítica a las ideologías* y al propio *lenguaje*, en la que se fomentó una *dialéctica negativa* aún más radical. Pues además de esta escisión inicial, posteriormente, en un segundo momento, fomentaron una contraposición ulterior aún más insalvable que siempre se podrá establecer entre, por una parte, la provisional justificación *interna* de los actuales *formalismos semióticos* que ya han sido construidos y probados por la praxis social en virtud de un «*consensus*»

35. Cfr. *TPh*, II/232-233 y nota 37. «Lo peculiar de esta situación dialéctica reside en que hasta cierto punto la comunidad ideal está *en* la real, como una posibilidad *real* de la comunidad *real*. Y en nuestro caso esto quiere decir que la comunidad *real* incluye un cierto alejamiento respecto a la comunidad *ideal*, para que así se pueda ir igualando. Pero para que esta situación permanezca, basada en su estructura transcendental, no se debe introducir ninguna otra elección («*Wahl*»), como si la mirada permaneciera fija en esta situación tan desesperada y a su vez con tantas razones para la espera» (*TPh*, II/429).

36. Apel denomina despectivamente a las posturas que no radicalizan este criticismo, *solipsismo transcendental*, cfr. *TPh*, II/367-370; cfr. BUBNER, *ibidem*, p. 115 y nota 42. Para ver un planteamiento clásico de este problema postkantiano, cfr. K. WOJTYLA, *Persona y acción*, BAC, Madrid 1982, pp. 123-221. Cfr. *Carta a los jóvenes*, Roma 1984.

simplemente parcial; y, por otra parte, la posterior crítica *externa* que siempre puede provenir de los futuros cambios *ideológicos* que se pueden producir en el propio contexto cultural, y que a su vez darán lugar a nuevos «consensus» sociales que por definición seguirán siendo parciales, aunque estén más «consensuados» en común. Para concluir así, que la *teoría de la acción* siempre debe tener sus propios criterios *hermenéuticos* de interpretación, que se aplicarán de un modo cada vez más *imperativo* y que alcanzarán una justificación simplemente *lúdica*. Pero que en cualquier caso exigen relativizar cualquier *formalismo semiótico*, o simplemente *lógico*, que esté sobreentendido de un modo *incondicionado* y *objetivista* en cualquier diálogo racional <sup>37</sup>.

En definitiva, Apel completó su anterior *pragmática trascendental de la acción* con un nuevo análisis *hermenéutico-trascendental* acerca del lenguaje, que fue más radical que el propuesto por la tradición *dialéctica*, y que a su vez difiere de los iniciados en común por la tradición analítica, neopragmatista y postfichteano. Pues ahora la *teoría de la acción* se independiza y se contrapone al propio análisis del lenguaje. Hasta el punto que en vez de fundamentarse mutuamente entre sí, ahora se afirma que la propia *teoría de la acción* debe radicalizar aún más el criticismo antifenomenista y antiaxiomático que había sido común a todas aquellas tradiciones, pero que todavía no se había formulado de un modo sistemático contra el *acto de fe* que la razón siempre hace en sí misma y en sus primeros principios <sup>38</sup>.

De este modo Apel justificó las pretensiones que ahora tiene la *teoría de la acción* de constituirse en una nueva filosofía primera, sin aceptar ningún límite extrahermenéutico que proceda de fuera de ella misma. Aunque a su vez los propios *ideales regulativos* que el mismo ha fomentado, le hicieron estar más precavido ante los inevitables *acuerdos* colectivos y decisiones unilaterales, que siempre acompañarán a aquellos «consensus» sociales, que por definición siempre serán parciales. Pero que en cualquier caso se describen como un límite objetivo de suyo inevitable que siempre acompaña en la vida

37. Para comprobar la crítica a las ideologías que Adorno y Bloch formularon al positivismo final de Hegel y Marx, siguiendo a su vez al Hegel del joven Marx, cfr. *TPb*, II/151, 232 y 233. Para ver cómo Apel aplica esta crítica a la semiótica, siguiendo la teoría neopragmatista de la acción social de P. Winch, cfr. *TPb*, II/203, 260 y nota 31.

38. Cfr. *TPb*, II/415-430. Cfr. A. CORTINA ORTS, «¿Es posible una fundamentación...», *ibidem*, pp. 73-77.

*real* a cualquier acción intencional que, a pesar de ser empírica, tenga pretensiones de validez intersubjetiva<sup>39</sup>.

### 3. *Hermenéutica «versus» semiótica en la pragmática trascendental de la acción de Karl-Otto Apel*

Evidentemente las tesis defendidas por Apel al término de la *TPb* ya han sido sometidas a crítica. No en vano su autor introdujo un *doble uso alternativo* de la hermenéutica, que le permitió reconstruir imperativamente en común y criticar *lúdicamente* en solitario, cualquier infraestructura *formal* del lenguaje objeto, o cualquier superestructura *ideal* del metalenguaje, que esté sobreentendida de un modo *trascendental*, o simplemente *pragmático*, en cualquier intercomunicación humana. Pues se considera que la propia estructura formal del *imperativo categórico* kantiano impide fijar de un modo definitivo las relaciones hermenéuticas mutuas, tanto internas como externas, que siempre habrá que establecer entre los conceptos (o las palabras), las acciones y el propio mundo empírico y social del que depende nuestra supervivencia<sup>40</sup>.

Apel propuso así una *teoría general de la acción*, que le permitió afirmar la posibilidad simplemente teórica de un «consensus omnium» que, para ser tal, debe ser en sí mismo definitivo y que, además, ahora se afirma como un principio incondicionado de *transubjetividad* hermenéutica. Pero a su vez, y por otra parte, tuvo que completar este planteamiento inicial con un posterior *análisis del lenguaje*, que le exigió relativizar cualquier formalismo *semiótico* que, como ocurre con los juegos del lenguaje, o con los criterios para demarcar lo empírico, ya están *dados* de un modo *coyuntural* en la *praxis* social y, en consecuencia, imponen un «consensus» que siempre estará parcialmente elaborado en común<sup>41</sup>.

39. Cfr. *TPb*, II/350-357.

40. En este sentido la propuesta de Apel culmina en una paradoja, ya que «el conocimiento de sí mismo que tiene el propio conocimiento, en el sentido hegeliano de la razón absoluta, no es otra cosa que la *anticipación reflexiva* de la identidad del «yo pienso» con el *logos* común de una ilimitada comunidad de comunicación. Pero esta identidad no puede ser el resultado de una reflexión sustancial, a través de un proceso histórico de reconstrucción empírica y normativa, como sugiere Hegel, ya que este proceso nunca podrá ser el taller de pruebas de un pensamiento finito» (*TPb*, II/356). Cfr. A. ORTIZ-OSÉS, *Comunicación y experiencia interhumana*, Desclee, Bilbao 1977, pp. 159-169.

41. Posteriormente Apel ha precisado aún más su pensamiento y ha distinguido

A este respecto, y desde el punto de vista de la filosofía práctica, Rüdiger Bubner ha hecho notar como, con el fin de alcanzar una fundamentación aún más intersubjetiva y libre de presupuestos previos acerca de los requisitos pragmáticos de la acción, y de sus pretensiones de competencia intercomunicativa en el hablar, Apel interpreta el *imperativo categórico* kantiano, como un principio incondicionados de *transubjetividad* hermenéutica, sin tener en cuenta que la formulación de este principio, en sí mismo considerada, es tan intuitiva y tan extrahermenéutica, como la de cualquier otro primer principio de la filosofía clásica, pues en el mejor de los casos sólo puede anticipar la buena voluntad de alcanzar un «consensus» que de antemano se autorreconoce parcial <sup>42</sup>.

Además, Apel introduce una sistemática contraposición *interna* entre el «principium executionis», o de *ejecución* incondicionada por puro respeto al «consensus»; y el «principium dijudicationis», o de *elección* coyuntural de un criterio pragmático de *acción*, que no es kantiana ni peirceana. Pues aunque es cierto que Kant nunca consiguió superar la escisión humana, que él mismo profundizó aún más, entre el *deber ser* y el *ser*; también es verdad, al menos según Kaulbach y Bubner, que siempre pensó que el único modo de no reducir la *ética*, o la *semiótica*, a papel mojado, es reconocer cómo la propia formulación de los principios morales y de sus respectivos criterios semióticos de interpretación, siempre lleva consigo la aceptación inicial de un *acto de fe* en las propias posibilidades del intelecto y de la razón prácticos, a fin de ser consecuentes con sus propios criterios de elección <sup>43</sup>.

De hecho el propio Apel reconoce cómo este *acto de fe* en el propio obrar moral, también estuvo presente en Fichte, cuando tomó como punto de partida de su filosofía una *autorreconstrucción del he-*

---

entre dos posibles sentidos de su principio de *transubjetividad*, que acentúa aún más esta disociación que se da entre ellos: «El primero, presupone en último término un 'hecho de la razón' metafísico y pertenece a una filosofía transcendental del sujeto transcendental que en principio no es lingüística... En contraste, el principio de transubjetividad que ahora tenemos en mente, no tiene ninguna garantía metafísica, pero se debe anticipar contrafácticamente y 'a la larga' será el primero en realizarse». Cfr. «Sprechaktheorie und transzendente Sprachpragmatik zur Frage ethischer Normen», K. O. APEL (ed.), *Sprachpragmatik und Philosophie*, Suhrkamp, Frankfurt 1976, pp. 126 y ss.

42. R. BUBNER, *La filosofía alemana contemporánea*, Cátedra, Madrid 1984, pp. 115-116; Recensión en *Anuario Filosófico*, vol. XVIII/1, 1985, pp. 205-208.

43. F. KAULBACH, *Einführung in die Philosophie des Handelns*, Darmstat, 1982, pp. 33-43. Cfr. R. BUBNER, *ibidem*, pp. 186-189; G. PRAUSS, *Kant über Freiheit als Autonomie*, V. Klostermann, Frankfurt, 1983.

*cho metafísico de la razón*, que a su vez se fundamenta en el acto de fe en sí mismo que siempre estará sobreentendido en cualquier *acción real del yo*. De este modo Fichte siguió una estrategia para superar el inmanentismo de las filosofías de la conciencia, que posteriormente también fue compartida por el moderno *constructivismo decisionista* de Hugo Dingler, y por el actual *constructivismo dialógico* de Paul Lorenzen y la Escuela de Erlangen, con los que Apel no está de acuerdo. Pues opina que en todos estos casos se utiliza este *acto de fe* en la propia razón, para introducir un uso dogmático de aquellos primeros principios, sin llegar a advertir las virtualidades *heurísticas* de su *ideal* de una ilimitada comunidad de comunicación<sup>44</sup>.

También por razones similares, tampoco la tradición pragmatista está en general de acuerdo con las conclusiones finales que Apel extrae de la peculiar interpretación *semiótica* que Peirce propuso del *imperativo categórico* kantiano. Pues es rigurosamente cierto que el pragmatismo en general y Peirce en especial, aplicó a los *formalismos semióticos* una doble crítica, tanto *interna* como *externa*, que estaba cada vez más radicalizada antiaxiomática y antifenoménicamente, y cuyo único fin fue justificar la inevitable mediación que en su inicial formalización *icónica* o *indexical* ejerce su posterior *acondicionamiento*, o puesta en forma extrovertida, siguiendo las pautas de *acción* del propio contexto social. Pero también es cierto, al menos según el propio P. Winch, que nunca se aceptó esta radicalización *dialéctica* que ahora Apel propone; y según la cual, para salvar el relativismo de las filosofías de la conciencia, es necesaria la afirmación de un *ideal* inalcanzable, que se sitúa a un nivel simplemente teórico; a la vez que en la vida práctica se introduce un relativismo aún mayor, que hace una valoración psicologista, o simplemente sociológica de cualquier *formalismo semiótico*. Por el contrario, según P. Winch, si se desea mantener el valor *heurístico* de la *máxima pragmática*, y superar así el inmanentismo de las filosofías de la conciencia, se debe reconocer desde un comienzo la necesidad de tener *ideas claras*, así como unos criterios *semióticos*, ya sean formales o empíricos, sin los

44. Cfr. *TPh*, II/415-430. Cfr. K. HOLZKAMP, *ibidem*, pp. 100-150; cfr. P. LORENZEN, «Szienticismus 'versus' Dialektik», *Hermeneutik und Dialektik*, Tübingen 1970; cfr. F. KAMBARTEL, *Praktische Philosophie und konstruktive Wissenschaftstheorie*, Frankfurt, 1974, en donde se opina que a pesar de todo el principio de *transubjetividad* de Paul Lorenzen sigue siendo dialéctico. Para la posición de Fichte respecto a la tradición, cfr. J. CRUZ CRUZ, «Introducción general a la doctrina de la ciencia»; FICHTE, *Doctrina de la ciencia*, Aguilar, Buenos Aires 1975, pp. IX-XLIV; *Intelecto y razón*, Eunsá, Pamplona 1982.

cuales no se podría iniciar ninguna de ambas críticas, ni la interna ni la externa.

A este respecto Rorty ha hecho notar como a lo largo de la tradición pragmatista, desde Peirce a Popper, incluidos también Dewey, Sellars, T. S. Kuhn o Feyerabend, siempre se adoptó una postura anticonvencional y no-sistemática, que era cada vez más antifenomenista y antiaxiomática. Pero a su vez se adoptó una actitud *edificante* respecto al propio *realismo científico* y se tuvo una fe absoluta en la existencia de una *base empírica* común y constante, que sirva de taller de pruebas a un pensamiento que es en sí mismo finito. De igual modo que Berstein puso de manifiesto, y el propio Apel lo reconoce, como todos los pragmatistas, salvo el hegeliano Royce, siempre admitieron otros criterios *semióticos* de interpretación, que también se afirman como principios *incondicionados* de *transubjetividad* y sin los cuales la propia *teoría de la acción* quedaría paralizada y sin orientación posible. Se admitieron así estos criterios empíricos y formales, ya sea por un proceso de *abducción-retroactiva*, como ocurrió en Peirce y Mead; o por una simple decisión hipotética inicial, como ocurrió en el *racionalismo-crítico* de Popper, Albert y demás postpopperianos; o simplemente mediante una *axiomática formal*, como también ocurrió en la postura neopositivista clásica de Stegmüller<sup>45</sup>.

En este sentido también la tradición *analítica* adoptó una postura *prosemiótica* y *proempirista*, ya se justifique por sí misma o en virtud de una decisión anterior. Así Stegmüller, desde una posición neopositiva clásica que es cada vez más antimetafísica, tuvo que reconocer cómo el recurso en común a estos criterios *axiomáticos* de formalización permite distinguir con claridad, y sin motivaciones ideológicas, cual es el *núcleo establece* que permanece inamovible en una explicación teórica, a pesar de las futuras revoluciones científicas. De igual modo que Popper y Albert, desde una posición *racionalista-crítica* que es cada vez más subsidiaria de una determinada metafísica, también los utilizaron para distinguir con claridad cuando un «consensus» parcial está bien fundado en razones lógicas y no es en sí

45. Cfr. TPb, II/261 y nota 31. Para ver la posición exacta de P. Winch, cfr. W. W. SHARROCK, R. J. ANDERSON, «Understanding Peter Winch», *Inquiry*, vol. 28, n.º 1, 1985, pp. 119-123. Sobre las relaciones entre el pragmatismo y la hermenéutica, cfr. R. J. BERTSTEIN, *Beyond objectivism and relativism*, Blackwell, Oxford 1983, pp. 310 y s.; RORTY, *La filosofía como espejo de la naturaleza*, Cátedra, Madrid 1984, pp. 280 y ss.; cfr. también, C. CHAUVIRE, «Peirce, logicien mathématique. Recherches récentes». *Revue de Synthèse*, 1984, n.º 15, 352-360.

mismo contradictorio; y cuando, por el contrario, fomenta una concepción tribal o mesiánica de la liberación, e introduce *convenciones colectivas*, cada vez más anónimas y en sí mismas contraproducentes<sup>46</sup>.

En definitiva, Apel introdujo una posterior *radicalización dialéctica* en la peculiar interpretación *semiótica* que Peirce propuso del *imperativo categórico* kantiano, y le otorgó un valor *hermenéutico-transcendental* y *exclusivista*, que fue extraño a aquellos planteamientos iniciales, en los que nunca se negó el posible valor intersubjetivo de otros criterios *semióticos* que, al menos según la filosofía clásica, eran tan incondicionados como el *imperativo categórico* kantiano. De este modo Apel fomentó una injustificada contraposición *dialéctica* entre la *hermenéutica* y la *semiótica*, que a su vez dio lugar a una artificial autoexclusión mutua entre el pensamiento igualmente *lógico-lingüístico* del primer y del segundo Wittgenstein, al menos según la interpretación unitaria de su pensamiento, que fue propuesta por von Wright y Anscombe, desde una posición analítica; o por Davidson, desde una posición materialista no dialéctica<sup>47</sup>.

Además, como ha indicado Bubner (desde una posición que sigue siendo historicista, a pesar de intentar recuperar de nuevo el sentido originario del razonamiento *dialéctico* aristotélico), Apel inició una estrategia para superar el relativismo y el inmanentismo de las filosofías de la conciencia, que ha sido repetidas veces ensayada por los seguidores de la Escuela crítica de Frankfurt, pero que inevitablemente siempre ha terminado en la *sofística*. Ya que una de dos: o bien se inicia una *pragmática universal del lenguaje y de la acción*, como la de Habermas, que hace una valoración intersubjetiva de los *logros* de las distintas acciones humanas, desde una ley formal pública que racionaliza la *heteronomía*, aunque sea a costa de eliminar *demagógicamente* la *autonomía* privada de la conciencia y de introducir así una justificación *tecnocrática* de las ideologías<sup>48</sup>.

46. Cfr. H. ALBERT, *Traktat über rationale praxis*, Tübingen, 1978; W. STEGMÜLLER, *Teoría y experiencia*, Ariel, Barcelona 1980, cfr. nota 55.

47. Cfr. *TPh*, II/261. Cfr. G. E. M. ANSCOMBE, *Wittgenstein*, Blackwell, Oxford 1978; cfr. G. H. VON WRIGHT, *Norma y acción*, Tecnos, Madrid 1970, p. 215; para ver una valoración de esta polémica, cfr. J. VICENTE ARREGUI, *ibidem*, pp. 169-187. Cfr. D. DAVIDSON, *Essays on Actions and Events*. Claredon Press, Oxford, 1980. Para ver las críticas mutuas que se formulan entre sí Apel y Davidson, cfr. *Synthese*, vol. 59, n.º 1, 1984, pp. 1-27. Cfr. nota 27 y su crítica a un materialismo no dialéctico como el de Davidson.

48. R. BUBNER, *ibidem*, pp. 225-230; DALLMAYR (ed.), *Materialen zu Habermas' «Erkenntnis und Interesse»*, Suhrkamp 1974, p. 430; cfr. CORTINA ORTS, «La hermenéutica...», *ibidem*, pp. 110-115; cfr. D. INNENARITY, *ibidem*, pp. 176-260.



O, por el contrario, se afirma la *autonomía* de la conciencia privada para hacer una valoración diferencial de los distintos *logros* que tipifican a las diversas acciones humanas, según sean teóricas, prácticas o poéticas, como ocurrió en Apel y especialmente en Gadamer<sup>49</sup>. Pero simultáneamente a la vez se introduce una *hermenéutica del lenguaje* y una *pragmática trascendental de la acción* que, a diferencia de lo que ocurrió en los pragmatistas y en la tradición postfichteana, ahora renuncia al uso en común de los primeros principios de la semiótica y de la lógica; y, en consecuencia, no se podrá evitar que la valoración diferencial de las diversas acciones humanas quede indiscriminadamente en manos de la *retórica*, que la igual que la *demagogia* en las tecnocracias de Habermas, se transforma en una nueva filosofía primera<sup>50</sup>.

En este sentido, también Derrida y Lyotard han hecho notar desde una posición neoestructuralista, que se intenta fundamentar en la distinción de Saussure entre lengua y habla, como se puede compartir con Apel y Habermas este lugar privilegiado que ahora se atribuye a la *retórica*, o bien a la *demagogia*, pero entonces se tendrá que admitir que sólo cabe hablar de acuerdos parciales. Hasta el punto que ahora dejará de tener sentido seguir afirmando las pretensiones de universalidad y de certeza, para cuya justificación incondicionada surgió la propia filosofía trascendental, y no se debe volver a rehabilitar mediante una *pragmática trascendental de la acción*, que se fundamenta a su vez en un *ideal* del «consensus» que resulta

49. Frente a estas críticas procedentes de Bubner y los neo-estructuralistas entre otros, Gadamer ha vuelto a reivindicar la distinción platónica, no admitida por Apel, ni por Habermas (cfr. *TPh*, II/384 y ss.), entre *dialéctica* y *sofística*, indicando a su vez que al menos la primera no se identifica sin más con la *retórica* aristotélica. Cfr. *Revue Internationale de Philosophie*. «Hermeneutique et neo-estructuralisme. Derrida-Gadamer-Searle», 1984, n.º 151, 333-347; cfr. M. ALVAREZ GÓMEZ, *ibidem*, pp. 30-33; M. A. LABRADA, «La racionalidad en la creación artística», *Anuario Filosófico*, vol. XVII/1, 1984, pp. 46-63.

50. Cfr. J. CONIL SANCHEZ, *ibidem*, pp. 514-516. Para evitar esta recaída en la *sofística* Bubner propone, desde una posición historicista, una recuperación del razonamiento *dialéctico* propio de la filosofía práctica aristotélica, distinto al platónico, y contrapuesto a su vez, tanto al razonamiento *retórico* de la poética, que sería sofístico, como al *apodíptico* de su lógica y de su metafísica, que sería dogmático. Sólo así, piensa, se podrá dar una justificación dialógicamente válida de las distintas «ficciones institucionales» que inevitablemente se introducen en la valoración de los logros («Vollzug») de cada una de las acciones humanas. Cfr. BUBNER, *ibidem*, pp. 226 y ss. Una solución similar fue propuesta anteriormente por Anscombe y von Wright, aunque sin darle el sentido historicista y excluyente que tiene en Bubner; y por Habermas, aunque dándole además un sentido teleológico cada vez más naturalista. (Cfr. notas 47 y 48).

cada vez más paradójico. Por el contrario, según los neo-estructuralistas el único modo de dar un sentido intersubjetivo a las acciones humanas, es volver una vez más a Nietzsche, Sartre, Paul Ricoeur, así como a la distinción de Saussure entre lengua y habla, para de este modo reconocer como la verdad ya no se encuentra en el «consensus», sino en la voluntad de poder que se manifiesta a su vez en el *disenso* y en el conflicto de las interpretaciones<sup>51</sup>.

En este sentido también Tugendhat, desde una posición semiótica *nominalista*, en la que se intenta mantener los hallazgos más originales de la fenomenología, a su vez ha advertido como la propuesta de Habermas (y de Apel), de sustituir los criterios *analíticos* de interpretación por la afirmación de un *ideal* hermenéutico en sí mismo inalcanzable, tampoco parece sugerir nada nuevo respecto al modo *circular* cómo la tradición hermenéutica clásica planteó la propia teoría de la acción. Con el agravante, además, de que ahora no se da razón de la autoconciencia y de la autoasignación al propio «Dasein» que, no sólo se manifiesta en la transgresión de una norma, como opina Apel; sino que, por el contrario y como mostró Heidegger, también se manifiesta en cualquier acto de habla, o en cualquier acción intencional, o en cualquier acto de elección, esté conforme o no con la norma<sup>52</sup>.

En definitiva, el rasgo más característico de la propuesta de Apel fue el haber introducido una sistemática contraposición dialéctica entre el uso *trascendental* y simplemente *categorial* o *empírico*, que en todo momento habrá que hacer de los juegos del lenguaje. Pues con independencia de la alternativa propuesta, no cabe la menor duda de que este punto de partida le permitió localizar algunos de los presupuestos teóricos y prácticos que siempre estarán sobreentendidos en la realización de cualquier acción empírica que tenga pretensiones de validez intersubjetiva<sup>53</sup>. Aunque simultáneamente a la vez tam-

51. Cfr. DERRIDA, *La voix et le phénomène*, P.U.F., 1967; *L'écriture et le différence*, Seuil 1967; J. LYOTARD, *La condición postmoderna*, Cátedra, Madrid 1985; cfr. V. DESCOMBES, *Modern French Philosophy*, Cambridge University Press, Cambridge 1979. Cfr. nota 49.

52. Cfr. E. TUGENDHAT, *ibidem*, pp. 78-88; *Selbstbewusstsein und Selbstbestimmung*. «Sprachanalytischen Interpretationen», Suhrkamp, Frankfurt 1981, pp. 283-291.

53. Por su parte, Apel se defiende de estas críticas, afirmando que admite la dialéctica, ya sea platónica o aristotélica, siempre y cuando se enmarquen ambas en una teoría de la acción que tenga en cuenta la mediación que en su inicial formalización interna ejercerá la dimensión pragmática del lenguaje (cfr. nota 16). De igual modo que también admite el conflicto de las interpretaciones y la autorreferencia al propio yo, que proponen los neo-estructuralistas y Tugendhat respectiva-

bién se debe advertir cómo Apel adoptó una postura *hermenéutico-transcendental*, que cada vez estaba más radicalizada dialécticamente; y que, además, cómo han hecho notar sucesivamente Inciarte y Llano, «le situó peligrosamente en el último piso de la razón total», sin poder advertir la peculiar articulación *irrecíproca* con que la filosofía clásica vertebró la relación interna y externa que se establece entre verdad teórica y práctica. A la vez que adoptó una postura tan antirrepresentacionista y tan antisemiótica, que «amenazó con neutralizar la pretendida transformación que el mismo había propuesto de la filosofía»<sup>54</sup>.

Efectivamente, como ya fue señalado por Popper en «*La miseria del historicismo*» y en «*La sociedad abierta y sus enemigos*», estas actitudes hermenéuticas que son tan comunes entre los dialécticos, fomentan unos proyectos fantásticos de tipo historicista, en los que se promete la superación definitiva del relativismo y del inmanentismo de la filosofía de la conciencia, a la vez que se postula un nuevo tipo de sociedad en el que se conseguiría una relación cada vez más armónica de los hombres mutuamente entre sí y de todos ellos con el conjunto de la naturaleza. Pero al mismo tiempo que hacen esta propuesta e intentan ser consecuentes con ella, simultáneamente a la vez no se hacen cargo de los posibles errores que de un modo inevitable acompañan a su aplicación en la vida práctica; y lo que es peor al menos en el caso de Apel, se aplica una metodología autocrítica en la que se relativiza y se rechaza cualquier criterio *corrector*, que pueda paliar los posibles *dobles efectos*, positivos y negativos, que siempre

---

mente, siempre y cuando se radicalice este punto de partida y se saquen todas sus consecuencias (cfr. nota 3). Como también admite el *acto de fe* en la razón de los postfichiteanos, y la necesidad de *ideas claras* a las que se refiere el P. Winch, siempre que se reduzca a un solo acto de fe en un único *ideal*, o idea clara, y se relativicen todos los demás (cfr. notas 26, 27 y 31).

54. Cfr. F. INCIARTE, «Metafísica y cosificación», *Anuario Filosófico*, vol. X/1, 1977, p. 155. A. LLANO, «Filosofía transcendental y filosofía analítica» (Transformación de la metafísica) (I), *Anuario Filosófico*, vol. XI/1, 1978, p. 116. Para Llano el único modo de salvar el inmanentismo de las filosofías de la conciencia y de evitar una recaída en la retórica de los sofistas, es volver una vez más a la teoría clásica del concepto como *signo formal*. Sólo así se podrán justificar los distintos modos de conocer y de significar de las diferentes *acciones* humanas, aunque para ello se tenga que volver una vez más a una nueva lógica metafísica de la modalidad «de re» y «de dicto», que dé un sentido más realista, o fundado en el ser, al uso del lenguaje, así como a las distintas «ficciones institucionales» que inevitablemente se tienen que usar en la *praxis social*. En este sentido, cfr. también, J. NUBIOLA, *El compromiso esencialista en la lógica modal*. «Un estudio de Quine y Kripke», Eunsa, Pamplona 1984, p. 305; Recensión en *Anuario Filosófico*, vol. XVIII/2/1985, 180-187 pp.

acompañarán de un modo inevitable a aquellos errores que por estar incontrolados, pueden tener consecuencias irreversibles<sup>55</sup>.

En conclusión, la *pragmática trascendental de la acción* que Apel propone reincide en los planteamientos *dialécticos* tan característicos de cierto tipo de hermenéutica, y es radicalmente insuficiente para dar una respuesta satisfactoria a las aspiraciones de autoemancipación que se habían depositado en ella. Por esto, con posterioridad a la *pragmática*, Apel tuvo que iniciar una nueva ética, en la que se cuestionó desde un principio las mutuas relaciones, tanto internas como externas, que siempre habrá que establecer entre el *progreso social* y la propia *teoría de la acción*. Para después, una vez fijadas estas relaciones mutuas, determinar a su vez cuáles son los distintos tipos de *consecuencias y decisiones*, que legitiman en una situación concreta, tanto los *acuerdos* parciales que incrementan por iniciativa de parte de la solidaridad social, como los *logros* unilaterales que, a pesar de sus *dobles efectos*, *permiten* restablecer el equilibrio perdido en la naturaleza<sup>56</sup>.

Sin embargo, para conseguir este objetivo final, Apel tuvo que adoptar una postura aún más radical que la actual, que paradójicamente le obligó a relativizar algunas de las conclusiones que ahora se han propuesto de un modo incondicionado. Pues, por una parte, la propia *pragmática* que ahora se ha descrito, le exigió fomentar una ilimitada apertura al posible progreso que siempre cabe en la ciencia y en la cultura en general, aunque se alcance por métodos *impositivos* y *lúdicos*, que pueden acabar siendo cada vez más *retóricos* o simplemente *demagógicos*. Pero por otra parte, el propio *progreso social* le hizo estar más precavido ante los posibles *dobles efectos* y

55. K. POPPER, *La miseria del historicismo*, Alianza, Madrid 1984; *La sociedad abierta y sus enemigos*, Paidós, Barcelona 1982. Cfr. M. D. BASTERRECHEA, *La idea de progreso en Popper*, sin publicar. En este sentido Apel afirma: «No es suficiente partir de premisas verdaderas, sino que desde un principio sabemos que tenemos que partir de premisas que sólo se pueden aceptar aquí y ahora, pero que sin embargo tenemos que tomar como si fueran verdaderas... Por tanto, se debe ir separando progresivamente la retórica de la convicción («Überzeugung») respecto de la retórica de la simple persuasión («Überredung»), a fin de subsumir la primera en una nueva pragmática trascendental del hablar humano, que se fundamenta a su vez en una nueva lógica filosófica de la argumentación» (*TPh*, I/64 p.).

56. Apel desarrolló esta nueva ética en el último capítulo de la *TPh*, y se sirvió para ello de la ética de la convicción y de la responsabilidad de Max Weber. De este modo demarcó definitivamente su posición, tanto respecto a Marx, Peirce, Fichte o Sartre, como respecto a Habermas, Albert, Paul Lorenzen, o el propio Max Weber. Será objeto de un posterior artículo, todavía sin publicar, titulado: «Convicción 'versus' acción en la ética ecologista de situación de Karl-Otto Apel».

los inevitables abusos de poder, que siempre acompañan a aquellos «consensus» sociales, que por definición son parciales y en sí mismos unilaterales, y que, además, como ya mostró Popper, están basados en un concepto *darwiniano* de la supervivencia, y pueden tener *efectos secundarios* cada vez más catastróficos e irreversibles, tanto para la naturaleza como para la sociedad. De modo que ahora se tendrá que proponer una nueva *ética*, que sea cada vez más *contractual*, o «consensuada» en común, pero que a su vez sea también más *consecuencialista*, o responsable de lo que se va a hacer<sup>57</sup>.

---

57. Apel expresa así esta nueva situación. «Las consecuencias tecnológicas de la ciencia actual dan a las acciones y a las omisiones humanas un aspecto de poder y de tragedia, que no se puede afrontar con las normas morales propuestas por la vida en común en pequeños grupos, y más aún si están en una situación de guerra con un sentido darwiniano de la supervivencia. Además esta problemática ecológica se ha acrecentado en los últimos tiempos con el descubrimiento de la bomba atómica. Pues ahora el riesgo de una acción armada no afecta sólo al micro y al medio ambiente, sino que amenaza a la existencia de la humanidad en general... Hasta el punto que sus dobles efectos («Nebenwirkungen»)... nos obligan a revisar la idea de que la sociedad industrial deba tener un crecimiento económico y tecnológico, que cada vez se muestra más superfluo, cuando ante todo se debe lograr la salvación de la ecoesfera humana» (TPb, II/359-361).

